

Respuesta

Por

Eric Severson

Pastor, Iglesia del Nazareno de Grandview, Grandview, Missouri, EE.UU.

Según la conclusión del ensayo de Andy Johnson, es claro que él intenta liberalizar el método *prescrito* por lo cual esperamos traer individuos a la experiencia de la santidad y la santificación. Claramente Johnson está cómodo con la manera en que se ha expresado la santificación dentro de la tradición nazarena, pero está incómodo con la práctica corriente de *prescribir* ciertos métodos por los cuales una persona debe llegar a la experiencia de santificación. Él refuerza esta petición por indicar que los conceptos de “segundidad” y “instantaneidad” no son resultados necesarios de nuestra lectura de la Escritura, aún sean interpretaciones razonables y correctas del testigo bíblico.

Donde el argumento de Johnson parece particularmente fuerte es en la flexibilidad que pide en la expresión de la santidad. La diversidad de experiencia religiosa relatada en la Escritura parece revelar una variedad de modos por los cuales el humano entra en la vida santificada. Si Johnson, en realidad, puede establecer que una sola persona en la Biblia entró en una vida de santidad sin el concepto de “instantaneidad,” él ha establecido que debemos estar prudentes cuando utilizamos lenguaje *prescrito*, el que posiblemente excluiría y ofendería a alguien que venga a experimentar la santidad gradualmente—sin un “instante” definitivo y santificante.

Yo extendería el punto de Johnson un poco más. *Prescribir* formas específicas de experiencia religiosa es tarea peligrosa. El momento cuando *prescribimos* las maneras en que Dios puede obrar en la vida de una persona, posiblemente hemos estorbado la creatividad de Dios, tal vez prevengamos que una persona experimente a Dios en un modo nuevo y sorprendente. En esencia, la prescripción niega la posibilidad de que podamos *aprender* de la santidad y santificación del “otro.” Cuando *se prescribe* una experiencia religiosa en una manera rígida, el “otro” está automáticamente cercado y neutralizado por la iglesia. Nuestra disposición de estar abierto al futuro de Dios debe incluir estar abierto a la presencia y voz de Dios en el “otro.”

El concepto de *prescripción* es un concepto totalitario; se supone que él que *prescribe* posea conocimiento esencial dentro del tópico que prescribe, y el “otro” es responsable de simplemente asimilar el conocimiento. Nuestra esperanza escatológica causa que esta actitud sea peligrosa, puesto que llevamos una esperanza perdurable de que Dios guía la creación hacia la culminación del reino de Dios. Por totalizar al “otro” potencialmente despojamos el encuentro de su posibilidad de revelar la presencia interviniente y la novedad de Dios. Esta actitud estanca la fe y estorba los intentos de Dios a guiarnos a un futuro mejor. Y esto es porque Johnson indica que las categorías de “instantaneidad” y “segundidad” deben ser reconsideradas como “prescritas”. Es su aseveración que estas categorías son medios legítimos para llegar a la santidad como un modo de vida, pero éstas no deben ser moldeadas

en hierro, previniendo que individuos que se asocien con esta denominación experimente la santidad en otra manera.

Al mismo tiempo tenemos razón de estar un poco precavidos. La autoridad de la Escritura nos da por lo menos alguna manera para discernir y determinar que *es* y *no es* una expresión auténtica de cristianismo. Por cierto tenemos mucha razón por dudar la sincera espiritualidad cristiana de uno que se declara ser como el concepto bíblico de santidad pero muestra una disposición de odio, la falta de honradez, motivos egoístas, estilo de vida sin éticas, etc. Por todas interpretaciones razonables, estas formas de conducta no se parecen al concepto bíblico de la santidad. Mientras el lenguaje de *prescripción* queda peligrosamente tiránico, estamos dotados de la Palabra de Dios para negar que el carácter descrito poco antes represente adecuadamente la vida de santidad.

Sin embargo, me parece que Johnson ha agrupado “segundidad” y “instantaneidad” en la misma categoría, aunque se debe tratar de estos conceptos a parte. El concepto de “segundidad” tiene una base más fuerte, lógica y bíblicamente a la vez. Mientras el Johnson se detiene un poco antes de utilizar el lenguaje de *prescripción*, la categoría de “segundidad” aparece completamente inofensiva. Si se entiende la santidad y santificación de ser relacionales en vez de categorías morales, la segundidad es una necesidad lógica. Las relaciones entre individuos son un desarrollo continuo, temporal e histórico, cada momento diferente que el anterior. Por la gracia previniente, aún el primer aliento que tomamos no se puede categorizar correctamente como “primero,” porque la gracia de Dios ha venido antes. Así, para aquellos que creen en la gracia previniente de Dios, segundidad es la historia de la vida. Si la santidad y la santificación significan *un modo de vivir en el futuro de Dios*, en vez de una destinación por haber vivido cristianamente, entonces el concepto de un *segundo* o *más profundo* movimiento en relación con Dios y otros parece absurdo. A pesar de que vengamos a la experiencia de la santidad instantáneamente o gradualmente, este movimiento fue precedido por otro. En un sentido verdadero, la gracia previniente roba aún la justificación de ser primera.

La única manera en que el lenguaje de “segundidad” posiblemente llega a ser ofensivo es cuando la santidad llega a ser una destinación para que alguien, por lo menos, conteste, “llegué a la justificación y la santificación simultáneamente.” Puesto que la santificación es explicado mejor en términos relacionales, todavía se queda lógicamente segunda, ya que aquel primer momento de justificación irá seguido por una vida de santificación. ¿Cómo sería que mi segundo día de amar y vivir en relaciones con Dios vino antes del primero? ¿Cómo sería que primer día y mi día centenario de completa devoción a la cruz ocurrirían simultáneamente? El concepto de “segundidad” es por consecuencia una parte de la definición de santificación relacional.

Al llegar a este punto, sería inútil un estudio exegético de ejemplos bíblicos de santidad, enseñando que algún sentido de “segundidad” está implícito en cada referencia bíblica a la santidad. Esto verificaría que “segundidad” es, en verdad, una parte de nuestro “lente hermenéutico” cuando tratamos del concepto de la santidad. Entonces podríamos concluir que mientras Johnson nos recuerda correctamente que estemos prudentes al *prescribir* experiencia religiosa, el concepto de “segundidad” parece ser una parte necesaria de nuestra definición bíblica de la vida santificada.